El Arcediano de San Gil

EPISODIO DRAMÁTICO HISTÓRICO EN UN ACTO

Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Don Pedro Marquina

OCTAVA EDICION

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, NUM. 24

1926

EL ARCEDIANO DE SAN GIL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Droits de representation, de traduction et de reproduction reservés pour touts les pays, y compris la Suede, la Norvege et la Hollande.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El Arcediano de San Gil

EPISODIO DRAMÁTICO HISTÓRICO EN UN ACTO

Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Don Pedro Marquina

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el TEATRO MARTIN, de esta Corte, el día 31 de Enero de 1873

OCTAVA EDICION

TALLERES GRÁFICOS PIÑERA

MORATÍN, 63

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANA.....	Doña Dolores Carceller.
EL REY DON PEDRO.....	Don Francisco Domingo.
ARCEDIANO.....	Joaquín Huarte.
JUAN DIENTE.....	Pedro José Moreno.
ALCALDE.....	Eduardo Fraile.

Gente de justicia

Època: Reinado de Don Pedro I de Castilla

A LOS SEÑORES

D. Enrique Zumel, Francisco Domingo, Antonio Alvarez, Juan Rodríguez Rubí, Eloy Perillán Buxo, Ramón Marsal, Eduardo Navarro y Gonzalvo, Francisco Amérigo, Manuel Tormo, Joaquin Huarte, Eduardo Fraile y Pedro Moreno

dedica este drama su amigo verdadero, y hermano en glorias y fatigas,

P. Marquina.

CUATRO PALABRAS

A LOS ACTORES

Que han representado por vez primera este dramita

Dolores Carceller: Usted, con su gran corazón y su buen talento, ha hecho de la pobre hija del menestral Zapata, una de esas creaciones que dejan profundo recuerdo en el público. Francisco Domingo: ¿Qué podré decirte que no te hayan dicho los bravos y palmadas que has conquistado al representar en esta humilde obra (cuyo triunfo principalmente se debe a tí) el papel del Rey Don Pedro? Joaquín Huarte: La indignación del público hacia el malévolo Arcediano, es la prueba mejor de la perfección con que has logrado dar vida al tipo que yo he pretendido delinear. Pedro Moreno: La rudeza, el brío y el excelente corazón del ballestero fiel del Rey Don Pedro ha encontrado en tí perfecta interpretación; Juan Diente no puede quejarse, si por acaso desde otro mundo te mira ocupar su puesto. Eduardo Fraile: Tú no has podido, en tu corto e insignificante papel, desarrollar las dotes de tu buen talento; sin embargo, tus conocimientos de la escena son tales, que has dado al cuadro la última pincelada con admirable tacto y precisión digna de elogio. ¿Sabía yo lo que me hacía cuando te supliqué que vistieses el tonelete para decir esas dos palabras? Accediste al ruego del amigo, y éste se complace en hacer público su agradecimiento.

Todos habéis cuidado de mi obra como si cosa vuestra fuese, y confieso con placer que vuestra es la mayor parte del triunfo. Dios nos dé larga vida, a mí para escribir comedias y a vosotros para salvarlas.

ACTO UNICO

Estancia miserable que revele el carácter de la época. Puerta al foro y ventana en el primer término de la derecha. En el primero izquierda se verá una especie de entrada a una alcoba, de donde sale el resplandor débil y amarillento que produce la luz de un cirio, que debe estar encendido dentro. Al fondo de una mesa, sobre la cual habrá una lámpara de mano que ilumina la escena, un crucifijo y jarrón con flores. A un lado una mesa de zapatero con herramientas y un tirapié.

ESCENA PRIMERA

ANA, ARCEDIANO

ANA. ¿No escucháis mi ruego?
ARCED. No.
ANA. ¿Posible es que tengáis alma?
ARCED. A no robar tú su calma,
¡cuán dichoso fuera yo!
ANA. Callad.
ARCED. ¿Compasión me pides
y sorda estás a mi amor?
ANA. No sigáis.
ARCED. ¿Qué es tu dolor
si con el mío lo mides?
¿Has concebido el tormento
de amar en silencio a un ser,
y esforzarse en contener
las fuentes del sentimiento?
¿Viste algún hombre luchar

en medio de la corriente
de ancho río, que rugiente
le arrastra al profundo mar?
¿Has visto al águila herida,
cual dando impulso a su vuelo
pretende escalar el cielo
para defender su vida?
Pues yo, desde que ocasión
tuve de ver tu semblante
y en tu mirada radiante
palpita mi corazón,
lucho con afán violento
en medio de esta corriente,
con la boca de la fuente,
con el río y con el viento.

ANA. ¡Qué horror!

ARCED. ¡Inútil afán!

ANA. Basta.

ARCED. Rompióse la valla.
¿Quién cuando el volcán estalla
tapa el cráter del volcán?

ANA. ¡Oh!

ARCED. Grave, místico, austero,
antes de verte vivía
feliz bajo la sombría
nave del templo severo.
Una mañana, ¡ay de mí!,
la iglesia resplandeció
de pronto; mi alma tembló,
volví la vista y te vi.
Te contemplé arrodillada,
fijo en Dios el pensamiento;
tu cuerpo en el pavimento
y en la Virgen tu mirada.
Sentí vacilar mi fe;

habló el corazón veloz,
y al estruendo de su voz
me puse temblando en pie.
En vano quise rezar;
miré al altar y, asombrado,
exclamé: «¿Por qué han variado
la Virgen de su lugar?»
«¡Sacrílego!»—dijo airada
una voz, y me miró
Jesús. El fué quien habló.
Yo me desplomé en la grada.

ANA. ¡Cielos!

ARCED. Desde entonces lucho
tenaz con mi amor maldito,
y de la conciencia el grito
por todas partes escucho.

ANA. Olvida.

ARCED. Vana defensa:
¿quién pone el amor reparo?

ANA. La Virgen os dará amparo
y el Cielo su recompensa.

ARCED. ¡El Cielo!

ANA. Quiso el Señor
probaros; su voz oíd.

ARCED. ¡Jamás!

ANA. Entonces decid
que buscáis mi deshonor.

ARCED. ¡No!

ANA. Torpe al negarlo estáis:
¿cómo, si sois Arcediano,
haréis creer a un cristiano
que a ser mi esposo aspiráis?

ARCED. ¡Oh!

ANA. Para ir del bien en pos
sois sacerdote del templo,
y si no dais buen ejemplo,

servís al diablo y no a Dios

ARCED. ¿Me escarneces?

ANA. ¿Cómo osáis
pensar que a amaros acierte
si ni aun respetáis la muerte
y ante su imagen estáis?
¿Cómo queréis que me cuadre
vuestro amor..., ¡vuestra locura!,
si le negáis sepultura
al cadáver de mi padre?

ARCED. Dame tu amor; obtendrás
cuantos tesoros encierro,
y haré a tu padre un entierro
cual ninguno otro verás.

ANA. ¡Oh, sorda su alma querida
debe estar, pues si os oyera,
indignada descendiera
para volverle a la vida!
¿Cómo con tal desvarío
maltratáis vuestra conciencia,
cómo habláis así en presencia
de ese cadáver sombrío?
(Señalando a la izquierda.)
Ved: su rostro macilento,
su fija y ciega mirada
a la luz amortiguada
de ese cirio amarillento,
justo castigo os augura,
que Dios le dicta en la gloria;
no deshonréis su memoria
y dadle su sepultura.

ARCED. Cede, y en piedra labrada
será su nombre esculpido.

ANA. Aquel que honrado ha vivido,
tumba necesita honrada.

Su víctima el criminal
encierra en un panteón,
mas la eterna maldición
rompe el mármol sepulcral.
Si cayese en el delito
que a vuestra alma precipita,
yo de mi padre maldita
fuera, cual vois sois maldito.

ARCED. ¿Conque decidida estás?

ANA. A luchar y resistir.

ARCED. Yo, a negar.

ANA. Y yo, a morir,
si negáis.

ARCED. Pues morirás.

ANA. ¡Oh!

ARCED. Tiembla si en odio insano
se trueca mi amor profundo,
pues no hay poder en el mundo
que te libre de mi mano.

ANA. (¡Cielos!)

ARCED. En iras deshecho
se despierta mi rencor.
¡Ay, si se ve mi dolor
en el tuyo satisfecho!

ANA. La fe es mi norte: en Dios creo.

ARCED. O te ampara su piedad,
o ha de ser tu voluntad
esclava de mi deseo.

ANA. Nada a su poder igualo.

ARCED. No esperes que eso me asombre.

ANA. ¡No hay demonio como el hombre
que se decide a ser malo!

ARCED. En eso debes pensar;
fuerza es que tu pecho ceda,

y piensa, en fin, que se queda
tu padre sin enterrar.
(Vase por el fondo.)

ESCENA II

ANA.

(Se arrodilla frente a la alcoba.)

ANA. ¡Padre mío! De tus males
muéstrase avara la suerte
cuando logra que la muerte
te retenga en sus umbrales.
Mas no temas que rendida
caiga al contrario furor,
que es en mi pecho el honor.
dulce savia de la vida.
Tres días ha que a la guerra
de este mundo renunciaste...
¡tres días!, y aun no lograste
hallar tu manto de tierra.
Mi esperanza desconfía,
por más que la fe me abona,
y temo que me abandona
el Señor...

ESCENA III

DON PEDRO Y ANA.

(Aparece en la puerta el REY DON PEDRO *vestido modestamente.)*

PEDRO. ¡Ave María!
ANA. ¡Cielos! *(Levantándose.)*
PEDRO. No temáis, rapaza,
al verme entrar de rondón;
que es en mí franca costumbre,

prueba de que siempre voy
a donde pueda ser útil,
con la más sana intención.

ANA. No comprendo. (¿Quién será?)

PEDRO. Si es que os infundo temor,
decidlo y vuélvome al punto.

ANA. Nobleza adivino en vos
y confiado os contemplo;
pero estoy sola, señor,
y es justo, pues así entráis,
que quiera saber quién sois.

PEDRO. Yo os lo diré en breve plazo,
si dejar puedo el portón.

ANA. Pasad.

(Don Pedro se adelanta, y al repara en la alcoba se detiene un momento.)

PEDRO. ¡Ah! ¿Velando estáis?

ANA. A mi padre, que murió
tras lento sufrir.

PEDRO. ¡Por Cristo!
Comprendo vuestra aflicción,
y me explico los lamentos
de la dolorida voz
que a mi aventura planta
frente a esa puerta paró.
Causa distinta buscando
a vuestro acerbo dolor,
entré aquí por si mi espada
llegaba en buena ocasión
para defender a un débil
de un fuerte contra el vigor,
o terminar a espadazos
cualquier reñida cuestión.

ANA. Por las trazas, ¿sois hidalgo?

PEDRO. Soy honrado, que es mejor;

y aunque la propia alabanza
tengo por ruin presunción,
de tan rara cualidad
puedo alabarme con vos,
que no habéis de hacerme Rey,
Papa, ni cosa peor.
Yo hagò bien siempre que puedo:
y aunque tan pequeño soy,
por raras casualidades
que no entiende mi razón,
allí a donde a Dios se invoca
suelo aparecerme yo.
Los infames que se rinden
a mi brazo y corazón,
dan en llamarme después
cruel, injusto, feroz...
Mas los injustos son ellos,
creedlo, pues, ¡juro a Dios
que los golpes que descargo
golpes de justicia son!
Mi nombre no importa nada,
ni da ni quita valor;
que puede cambiarse un nombre
y el sentir del alma no.

ANA. No sé por qué al escuchar
vuestra franca narración,
treguas está dando al pecho
la fuerza de mi dolor.

PEDRO. Es natural, pobre niña;
sin duda huérfana sois.

ANA. Cierto.

PEDRO. ¿Y nadie en este trance
a consolaros llegó?

ANA. Nadie; sola en mi amargura
se estrellaron con furor

los tormentos en mi pecho,
y sin rechazarlos yo,
me complacía en llorar
junto al que ya del Señor
la gloria estará gozando,
pues pensaba en mi aflicción
que regando con mis lágrimas
la planta que feneció,
a fuerza de riego tanto
reviviría la flor.

PEDRO. ¡Infeliz!

ANA. Llorando así
un día y otro pasó:
sola y triste he contemplado
huir la dicha veloz;
sólo aquí quedó el quebranto *(El pecho.)*
con su perenne tesón.

PEDRO. Pláceme que a mí llegase
el quejumbroso rumor
que torciendo mi camino
a esta casa me guió,
asimilándome al ave
que por decreto de Dios
a consolar va el destierro
del marítimo peñón.
¡Ah!, no os aflija la muerte
del ser a quien Dios llamó;
para el que vive muriendo
morir es un galardón.
El hombre nace a luchar:
júzgase conquistador,
toma por verdad el sueño
y conquista en conclusión
una fosa, donde esconde
pena, mentira y rubor.

ANA. Alguno hay tan desgraciado,
de tan pobre condición
que no pudo conquistar,
tras una vida de horror,
ni aun esa fosa común
que la tierra le ofreció.
PEDRO. No os entiendo.
ANA. Muerto el hombre
necesita enterrador.
PEDRO. ¿Y bien?...
ANA. ¡Ay, mi pobre padre
tres días ha que murió!
PEDRO. ¿Tres días y sepultado
no ha sido? ¿Por qué razón?
ANA. No puedo pagar su entierro.
PEDRO. ¡Voto a Santiago! *(Con ira.)*
ANA. *(Asustada.)* Señor...
PEDRO. ¿Pues qué, la Iglesia en Castilla
no tiene la obligación
de dar sepultura a un muerto?
ANA. Si no se le paga, no.
PEDRO. ¿Qué judío renegado
os dijo tal? Por quien soy,
que si con él me tropiezo
de un revés le parto en dos.
ANA. Señor...
PEDRO. Decídmelo todo:
¿quién ha sido el impostor
que así en mengua de las leyes
este reino denigró?
ANA. ¡Yo!...
PEDRO. Decidlo.
ANA. El Arcediano
de San Gil...
PEDRO. (Ese traidor.)

ANA. Dice que, si no le pagan
no da sepultura.

PEDRO. ¡Oh!

ANA. ¿Qué os sucede? Me dáis miedo.

PEDRO. ¿Acaso es poco el borrón
que se echa sobre Castilla
para que un hombre de honor
con tal noticia no estalle
de rabia y de indignación?

ANA. Es cierto.

PEDRO. ¿Y a la Justicia
no os quejásteis?

ANA. Fuera error
el hacerlo: ya otras veces...

PEDRO. ¡Qué!

ANA. Mi padre la invocó
contra nobles poderosos.
y fué vano su clamor.
¡La Justicia! ¡Para el pobre
no hay Justicia!

PEDRO. ¡Ira de Dios!
Id a buscar a ese clérigo.

ANA. Señor...

PEDRO. Id sin dilación,
y decidle, si se niega,
que voy a buscarle yo.

ANA. (No hay medio de resistirle,
que en su gesto y en su voz
demuéstrame ser persona
de elevada condición.)

(Vase por el fondo, después de ponerse un rebocillo o manto que habrá sobre una silla.)

ESCENA IV

DON PEDRO

PEDRO. Pobre, desdichada Ley:
ayer augusta, hoy rastrera
por esa estúpida grey.
¡No hallaron mejor manera
de conspirar contra el Rey!
¡Cielo! ¿Qué negro capuz
envuelve a la estrella mía,
que en mi desventura impía
en vano busco su luz
y no me sirve de guía?
Mis vasallos, engañados
por viles conspiradores,
júzganse mal gobernados
y achácanme, alucinados,
las culpas de los traidores.
Búscole al pueblo solaz,
mas, con intención sagaz,
en patrullas mueven guerra,
y no hay una villa en paz
en mi desdichada tierra.
Si, franco, en cualquier momento
confío mi sentimiento,
me lo pagan con tal mengua
que ya no quiere mi lengua
ni saber mi pensamiento.
¡Amigos! ¡Torpe ilusión!
¡Si mi hermano es mi contrario!
¡Si por colmo de aflicción
hasta en el confesonario
se revuelve la traición!
¡Y aun me llaman «El Cruel»
porque, recto y justiciero.

la Ley respetada quiero!...
Pero soy, ¡voto a Luzbel!,
¡el Rey Don Pedro el primero!
Y, aunque el mundo entero intente
de tanta vileza en pos
arrojarme en la pendiente,
he de morir, ¡vive Dios!,
con la corona en la frente.
Si no me queda un soldado,
de mi pueblo, con el brío,
vertiendo de sangre un río,
sobre sus hombros, ¡a nado
se salvará el Trono mío!
Sólo en ese pueblo brilla
el sol de la lealtad;
venga, pues, junto a mi silla,
y asombro sea Castilla
de la venidera edad.
¡Sobre mi Trono velando,
guarde el pueblo mis grandezas,
mientras yo, por él lidiando,
le iré poco a poco alzando
un alcázar de cabezas!

ESCENA V

DON PEDRO, JUAN DIENTE. *(Juan Diente aparece en la puerta y oye los últimos versos de Don Pedro. Juan Diente traerá la maza pendiente del cinturón.)*

JUAN. ¡Hola! Según se vislumbra,
tenemos recia tormenta.
PEDRO. ¿Quién es?
JUAN. Disteis en tardar
y temí...
PEDRO. Brava simpleza.

JUAN. Señor... *(Hace ademán de retirarse.)*

PEDRO. Juan, acércate.

(Juan repara en la alcoba, y se detiene, quitándose el birrete.)

Es un muerto. ¿Qué te altera?

JUAN. Señor, respetarle debo...
No por él: por quien le vela.

PEDRO. Juan, vamos luego al asunto
y a un lado lisonjas deja.
Necesitaré tu brazo
en breve.

JUAN. Loado sea
mi destino. Eso me indica
que habéis hallado la huella
de algún traidor fementido.

PEDRO. ¿Y la noticia te alegra?

JUAN. ¡Sí, por Dios! Que está mi mano
a dar mazadas tan hecha,
que el día que no las doy
ando de mala manera.
Ha un instante me he dormido
junto al marco de esa puerta,
con sueño sobre los ojos
y atalaya en las orejas,
buscando reposo el cuerpo;
pero con tan mala estrella,
que ni siquiera he soñado
que cortaba una cabeza.

PEDRO. Juan, la repetida usanza
de tu terrible tarea
te ha hecho sanguinario, y esto
Dios sabe cuánto me pesa.

JUAN. ¡Bah! *(Encogiéndose de hombros.)*

PEDRO. Más que tu Rey, tu amigo
quiero ser.

JUAN. Si Vustra Alteza
perdiese el brazo derecho
en riña o campal pelea,
lo cual, mientras Juan respire,
es difícil que suceda,
bien que no quedábais manco,
podía decir cualquiera,
en tanto que de mis hombros
estos dos brazos pendieran.
Conque, si os place, señor,
no habléis de vuestra conciencia,
que a mí me basta y me sobra
sólo con saber que es vuestra.
Juan Diente, el perro leal
que humilde vuestros pies besa,
es dichoso con lamer
la mano que le sustenta.
Si el mundo os tiene por malo,
diga el mundo lo que quiera:
a mí me habéis hecho bien,
y no habrá quien me convenza
de que puede ser malvado
el que en ocultas empresas
riñe con los poderosos
defendiendo a la pobreza.
Yo siento lo que sentís;
pienso en lo que mi Rey piensa;
tengo, para sus asuntos,
largas manos, corta lengua,
y el secreto que me trago
se lo ha tragado la tierra.

PEDRO. Cielos, si ofenderos pude,
no recordéis mis ofensas;
que a quien tal servidor tiene
no hay desdicha que le venza.

JUAN. ¿Desdichas? Muchas tenéis;
bien las conozco, y me aqueja
no poder a mi albedrío
reunir en una pieza
de los que sufrir os hacen
las venenosas cabezas,
para tornarlas en polvo
con un golpe de mi diestra.

PEDRO. Gracias, Juan.

JUAN. Si tal lograse,
tranquilo, señor, muriera.

PEDRO. Tú eres el único amigo.
que tengo sobre la tierra.

JUAN. Señor...

PEDRO. A Dios me encomiendo
y acato cuanto él me ordena.
No hablemos, pues, de nosotros,
y a lo que más interesa
volvamos nuestra atención.

JUAN. Hablad, que impaciente espera
vuestro siervo.

PEDRO. ¿Viste ha poco,
salir de esta casa mesma
una mujer afligida?

JUAN. Sí la he visto.

PEDRO. Esa doncella
es huérfana, y el mortal
que en esos restos viviera *(Señalando a la alcoba.)*
fué su padre, que murió
ha ya tres días.

JUAN. No acierta
mi razón a concebir
de tal caso la certeza.
Si murió tres días ha,
¿cómo es que no se le entierra?

PEDRO. El bondadoso Arcediano
de San Gil...
JUAN. ¡Qué brava pieza!
PEDRO. Si el entierro no le pagan
la sepultura le niega.
JUAN. ¡Vive Cristo!
PEDRO. Así se infama
la Religión verdadera
por los mismos sacerdotes
a quienes Dios la encomienda.
Así en Castilla se entiende
la caridad; así huellan
mis leyes; así me ultrajan.
¡Vive Dios! ¡Qué más hicieran
los moros con un cristiano!
Y aun se asombran de que hiera
con golpe rudo y certero
a tan infame caterva.
¡Qué más justificación
puede hallar mi saña fiera!
¿Por qué me llaman Cruel,
si ven con tanta frecuencia
mi justicia escarnecida
y mi autoridad deshecha?
Por todas partes traidores;
crímenes mil por do quiera.
¿Qué he de hacer? ¿Qué laberinto
es éste que me rodea,
que continuamente veo
multiplicarse sus sendas?
¡Ira de Dios! ¡Estoy loco!
La sangre mis ojos ciega.
¡Y esto es reinar! ¡Y esto es trono!
¡Maldita, maldita herencia!
JUAN. Señor, calmaos.

PEDRO. ¡Calmarme!
Dime, Juan Diente: ¿Qué hicieras
con ese apóstol falsario
que así mi justicia reta?

JUAN. ¡Qué hiciera yo! ¡por San Juan!
si profanación no fuera,
amarrarle a ese cadáver;
tenerle así una docena
de días, expuesto al vulgo
en el atrio de su iglesia,
y luego darlo a Juan Diente
para acabar la sentencia. *(Brío.)*

PEDRO. ¿Y qué haré con la justicia
que así por mis leyes vela,
y con los nuevos traidores
que luego a injuriarme vengan?
¡Ay, Juan! *(Estallando en llanto.)*

JUAN. ¿Lloráis?

PEDRO. Sangre lloro;
deja que sangrarme pueda,
y sean los ojos la causa
de que no estallen mis venas.
Con Dios y contigo a solas
salga a mi rostro la pena
que aprisiona el corazón;
que, aunque de acero tuviera
el pecho, con tales golpes
y tan repetidas pruebas,
para llegar hasta el alma,
camino el dolor se abriera.

JUAN. Llorad, señor, sin cuidado.
Yo tengo el cráneo de piedra,
y de hierro las entrañas,
y, sin que nadie lo vea,
suelo llorar, como bueno,

las desdichas que os aquejan.
Llorad, que razón os sobra,
y la razón no es afrenta;
verted el llanto, del cual
no ha de acordarse mi lengua;
el honor de recibirlo
nadie a disputarme venga;
vertedlo sobre mi pecho;
no hay otro que más os quiera
en cuantos mundos cobija
el manto de las estrellas.

PEDRO. Juan, es preciso un castigo
terrible; tal, que estremezca
al mundo.

JUAN Hagamos, si os place,
un rosario de cabezas;
poned la del Arcediano
por cruz y con tales nuevas,
mandadme de embajador
a Roma, que, aunque se venga
sobre mí toda la Italia
y se me trague la tierra,
vuestro nombre quedará
donde bien alto se vea.

PEDRO. Ve por la Justicia

JUAN. ¿Cómo?

PEDRO. Ronda esta calle con ella;
no te des a conocer,
y, en cuanto te llamen, entra.

JUAN. Voime, pues.

ESCENA VI

DON PEDRO, JUAN Y ANA

ANA. *(Entrando).*
Señor... ¡Ah! *(Al ver a Juan.)*

PEDRO. *(A Juan.)* Vete.

JUAN. ¡Pobre muchacha! *(Vase.)*
PEDRO. No temas;
ese hombre es un buen amigo
que nos ayuda.
ANA. Se acerca
el Arcediano.
PEDRO. Está bien;
vuelve a tu súplica; expresa
tu deseo de ir al Rey
para que te ampare, y piensa
que yo, pronto a defenderte,
estoy tras de aquella puerta. *(Lateral.)*
ANA. Sus pasos oigo.
PEDRO. Háblale
con valor y con firmeza. *(Se oculta.)*

ESCENA VII

ANA, ARCEDIANO. DON PEDRO. *(Oculto.)*

ARCED. ¿Acaso ya más humana,
en tu destino pensando,
tu pecho a mi amor se allana?
PEDRO. (¿Qué oigo?)
ANA. Tened la villana
lengua, que me está injuriando.
ARCED. Si no busca ocasión
de implorar mi compasión.
para mitigar tu mal,
no alcanzo por qué razón
me llamas con prisa tal.
ANA. Vuestra compasión imploro;
mas no en contra mi decoro
la quiero, cual me la dais,
pues al honor que atesoro
villanamente aspirais.

PEDRO. (¿Esto más? ¡Voto a Luzbel!)
ARCED. En vano vierte su hiel
esa desdeñosa boca;
ya por tu saña cruel
tornóse mi pecho en roca.
Verte y al punto adorarte
el destino me ordenó,
mas mi amor al revelarte
tu desdén me contestó...
(Transición.)
no volveré a importunarte.
Altiva me has despreciado.
ANA. Soy honrada.
ARCED. Bien lo sé.
Por serlo tanto, has forjado.
el odio y lo has colocado
en el altar de mi fe.
Por eso el fiero dolor
me lanza en tal extravío,
que con impulso de horror
te idolatra el odio mío
y te aborrece mi amor.
Por vencerte y obligarte
desprecio el santo deber;
ve si querré esclavizarte,
cuando sólo quiero amarte
por hacerte padecer.
ANA. Para infamia tan cumplida,
para intentos tan villanos,
el mundo no inventó herida;
por eso aquí con mis manos
no os quiero arrancar la vida.
No hablemos de esa pasión;
que si el corazón la oyera
fuera tal su indignación

que hasta de mi pecho huyera
espantado el corazón.
Buscad un reino ignorado
para empresas tan villanas.
Aquí, pese a vuestro grado,
nacen con pecho esforzado
las plebeyas castellanas.
Y antes que podáis lograr
vuestro temerario intento...
¿Qué diré? Le han de faltar
estrellas al firmamento
y arenas al ancho mar. *(Brío.)*

ARCED. Puedo ser hasta homicida
si no consigo vencerte.

ANA. Pues morire agradecida;
que para el bueno, la muerte
es el premio de la vida.

ARCED. ¡Oh!

ANA. Matadme; nuestros sinos
van por distintos caminos...
¿Qué hacéis? ¡Quiméricos sueños!
¡Los corazones pequeños
ni aun saben ser asesinos!

PEDRO. (¡Vive Dios que me cautiva
tan heróico valor!)

ARCED. Dices bien, y fuera error
matarte; quiérente viva
mis iras y mi rencor.
En tu pecho he de verter
la ponzoña que bebí,
y en vano lejos de mi
querrás estar; me has de ver.
siempre delante de tí

ANA. ¡Infame!

ARCED. Juré vengarme.

PEDRO. (¡Mal mi coraje resisto!)
ARCED. ¿Qué has de hacer para evitarme?
ANA. ¿Qué he de hacer? Arrodillarme
a los pies de Jesucristo. *(Con dulzura.)*
Con semejante atalaya
ningún corazón desmaya.
Si Dios me presta su luz,
siempre he de hallar una cruz
por donde quiera que vaya.
A su resplandor sagrado.
veréis vuestra fealdad,
siendo en tan horrible estado
nuevo Lucifer lanzado
a la eterna oscuridad.
ARCED. ¡Calla! *(Con ira.)*
ANA. Fuerza es que busquéis
vuestra propia salvación
y tumba a mi padre déis.
ARCED. ¡Nunca!
ANA. ¿En tan poco tenéis
vuestra santa obligación?
ARCED. A mi corazón el ruego
no llega de tu esperanza:
que ya es en mí la venganza
ancho torrente de fuego
que destruye cuanto alcanza.
ANA. Ved que hay en Castilla ley.
ARCED. Mas la alguacilesca grey
se humilla ante el poder mío.
ANA. ¡Ay de vuestro poderío
si a quejarme llego al rey!
ARCED. ¿Al rey? inútil anhelo *(La toma por un brazo.)*
al rey, que en sangre embriagado,
en ser pone su desvelo
de criminales dechado.

ANA. ¿Qué decís?

PEDRO. (¡Rayo del cielo!)

(El Rey sale sin ser visto, se desliza hacia el foro y luego viene a colocarse con pausa en medio de los dos.)

ANA. No digáis eso delante
de ese cuerpo, que arrogante
luchó del bastardo en mengua,
o temed que se levante
para arrancaros la lengua.

ARCED. ¡Si evitas a Lucifer
porque ver a un Rey deseas,
a quien por no fenecer
de horror, jamás quise ver!

PEDRO. *(Al Arcediano.)*
¡Ay de ti cuando le veas!

ARCED. ¿Qué es esto? *(Sorprendido.)*

PEDRO. *(A Ana.)* Idos a rezar
por el alma de ese anciano.

(Ana entra en la alcoba; Don Pedro cierra primero la puerta del aposento, donde se supone estar el cadáver; luego hace lo mismo con la del foro, se quita el birrete y la capa, y contesta al Arcediano con calma.)

ESCENA VIII

DON PEDRO y el ARCEDIANO

ARCED. ¿Quién sois?

PEDRO. Un hombre cristiano
que se viene a confesar.

ARCED. ¿Os burláis?

PEDRO. No, voto a bríos,
ni es posible que lo intente,
siendo humilde penitente
y apóstol del cielo vos.

ACCED. Mal vinisteis: a tal hora

a escucharos no me allano.

PEDRO. Deber es del Arcediano
escuchar a quien implora.

ARCED. (Casi me infunde temor.)

PEDRO. Criminal arrepentida
el alma, busca afligida
que la escuche un confesor.
Fuí a buscaros: no os hallé;
de vuelta vine hacia aquí,
por casualidad os vi
desde la calle *(Señalando a la ventana.)* y entré.

ARCED. Justas son vuestras razones,
mas no las puedo apreciar.

PEDRO. ¿Por qué?

ARCED. Porque no es lugar
este para confesiones.

PEDRO. (Mal seguro le contemplo.)
Ved que es una casa honrada;
con esa imagen sagrada
está Dios como en un templo.
Templo cual otro no he visto,
pues no me acierto a explicar
la riqueza en el altar
siendo pobre Jesucristo. *(Rápido.)*
Oídme.

ARCED. No he de escucharos. *(Hace que se va.)*

PEDRO. Teneos.

ARCED. Molesto estáis.

PEDRO. Si vos no me confesáis
tendré yo que confesaros.

ARCED. ¡Deliráis!

PEDRO. ¿Por qué razón?

ARCED. ¿Cuándo visteis confesar
a un sacerdote un seglar?

PEDRO. Lo veré en esta ocasión.

ARCED. No hagáis que mi calma agote.
PEDRO. Si presumís de malvado,
¿qué mucho que un hombre honrado
presuma de sacerdote? *(Rápido.)*
ARCED. Me insultáis...
PEDRO. No de intención,
que soy cortés a fe mía.
ARCED. Pues dejad la cortesía.
PEDRO. Decid, pues, la confesión.
ARCED. ¡Otra vez!
PEDRO. Tened paciencia;
y pues guardáis el pecado,
vos me diréis si he logrado
leer en vuestra conciencia.
ARCED. Mozo, sois un mentecato,
y el escucharos me afrenta. *(Quiere irse.)*
PEDRO. ¡Arcediano, a buena cuenta,
si no me escuchas te mato!
ARCED. ¡Qué!
PEDRO. Dime, perro traidor, *(Le toma por el brazo.)*
vil falsario, mal nacido:
por el Papa revestido
para ser conspirador,
¿no eres tú el vil mercenario
de ese bastardo sin ley,
que lazos tiende a su rey
dentro del confesonario?
¿No eres el que por su mal
odio a don Pedro pregona,
y alza contra su corona
la falange clerical?
¿El que no encontrando dique
a su rastrera ambición,
dice que la religión
peligra sin don Enrique?

Tiempo há que tu vida es esa,
lo sé; conozco tu bando.

ARCED. ¡Basta!

PEDRO. ¡Ya vas confesando! *(Transición.)*
¡Confiesa, impostor, confiesa!

ARCED. Todo es verdad. No me arredro:
mas dime al menos tu nombre.
¿Quién eres?

PEDRO. Yo soy... un hombre
que defiende al rey don Pedro.

ARCED. Digno es de causa mejor
quien con ribetes de duende
tales secretos sorprende
y hace tan buen confesor.

PEDRO. ¿Causa mejor?

ARCED. Un tirano
sólo desdichas predice.

PEDRO. ¡Oh!

ARCED. No soy yo quien lo dice,
sino el pueblo castellano.
Siempre rebosando hiel,
don Pedro mancha la gloria
de su corona, y la historia
ha de llamarle el cruel.
¿Quién habrá que sus acciones
mirando, no le denigre?
No es justo que venga un tigre
a reinar entre leones.

PEDRO. Vil renegado, ¡ay de ti,
si tu lengua me provoca!
Ponle candado a tu boca
o no respondo de mí.
Tigre, cruel, carnicero:
todo eso le llamaréis,
mas, ¿qué otro rey hallaréis

más noble y más caballero?
Si la traición os ampara,
¿por qué altivos os preciáis
de leones, y no vais
a buscarle cara a cara?
¡Ah! vuestros labios fatales
predicando el egoísmo,
están abriendo un abismo
entre el cielo y los mortales.
A Dios alzáis un retablo
cubierto de seda y oro,
y os encerráis en el coro
a conspirar con el diablo.
Estas son vuestras hazañas;
en la sombra peleáis,
y al pobre pueblo engañáis
contándole mil patrañas.
Mas si brilla la verdad
ante ese pueblo inocente,
y luce resplandeciente
el sol de la lealtad,
¡ay de tu necia patrulla!
Alzará el rey su cuchilla,
y no quedará en Castilla
la sombra de una cogulla.

ARCED. Pues si es modelo de Reyes,
¿por qué degüella su grey?

PEDRO. ¿Y qué culpa tiene el Rey
si no respetan sus leyes?
¿Si hay apóstol renegado
que olvida la religión,
y por una vil pasión
sus votos ha quebrantado?

ARCED. ¿Sabéis?...

PEDRO. Vuestro desacierto;

queréis a cambio obtener
el honor de una mujer
por el sepulcro de un muerto.
(Movimiento del Arcediano.)
¡Oh!, no os queráis disculpar.
¿Quién a la muerte no acata?
Don Pedro a los hombres mata,
pero los manda enterrar.

ARCED. Mas ¿quién sois que de tal suerte
os levantáis contra mí?
Decidlo.

PEDRO. Yo soy aquí
el defensor de la muerte.
Sabrá el Rey vuestros errores,
y os empeño juramento
de que seréis escarmiento
de apóstatas y traidores.

ARCED. Nadie podrá ser testigo
de lo que vais a contar.

PEDRO. Al Rey, para sentenciar,
le basta y sobra conmigo.

ARCED. ¡Ah!, ya advierto vuestro juego;
comprendo por qué me odiáis
y por el muerto abogáis.
¡Vive Dios que estuve ciego!

PEDRO. ¿Qué me oculta tu semblante
tras ese aspecto infernal?

ARCED. Ambos sois tal para cual,
y es digna de tal amante.

PEDRO. *(Se precipita con furor sobre el Arcediano, al cual derriba y sujeta por el cuello, mirándole con ira,)*
¡Villano! ¡Infame! ¡Rastrero!

ARCED. ¡Cielos!

ANA. *(Saliendo precipitadamente.)*
¿Qué sucede aquí?

¡Ah!, perdonadle. *(Al rey.)*

ARCED. ¡Ay de mí!
Llegó mi instante postrero.

PEDRO. De valor hiciste alarde
y tiemblas, mas sin razón;
que no se mancha el león
con la sangre de un cobarde.
Le arroja a un extremo y sube al foro.)
¡Juan!
(Aparece Juan Diente, don Pedro le hace una seña y vuelve a salir.)
Os entrego a la ley. *(Al Arcediano.)*

ANA. ¿Quién sois, que a tanto llegáis?

PEDRO. ¿Quién soy? A saberlo vais.

ARCED. (¡Ah, por fin!)
(Entra Juan, el Alcalde y gente de Justicia. El Alcalde se encara con don Pedro y cae de rodillas.)

ESCENA IX

DICHOS, el ALCALDE y JUAN

ALC. !El Rey!

ANA. ¡El Rey!

ARCED. ¡El Rey! *(Caen de rodillas.)*

PEDRO. ¡Alzad! *(Ana y el Alcalde se levantan.)*

ALC. ¿Qué ordenáis, señor?

PEDRO. A vos nada.

ALC. (¡Mal barrunto!)

ARCED. (¡Perdido soy!)

PEDRO. Juan, al punto
sujétame a ese traidor.
(Juan ata los brazos del Arcediano con el tirapié que habrá sobre la mesilla del zapatero.)
Y vos... *(Al Alcalde.)*

ALC. (¡Me veo alguacil!)

JUAN. Ya está.

ARCED. ¡El cielo me confunda!

PEDRO. Una fosa, ancha y profunda,
preparad frente a San Gil.
En ella hay que sepultar
a ese muerto...
(Señalando a la alcoba. Luego se vuelve al Arcediano.)
atado a vos.
Juan, que se encomiende a Dios;
vivo me lo has de enterrar.
Vos elegid un convento
para pasar vuestro luto,
y rinda al dolor tributo
vuestro filial sentimiento.
Juan, condúcela.

ANA. Mi fe
triunfa por fin de la impía
maldad.

PEDRO. Id, que yo hasta el día
a ese muerto velaré.

ANA. Señor, antes de marchar,
para ese hombre solicito
perdón.

PEDRO. Grande es su delito.

ANA. Dios nos manda perdonar.

PEDRO. Inmenso cual su malicia
debe su castigo ser,
y así podrá comprender
lo que pesa mi justicia.

ARCED. ¡Tratar así a un Arcediano!
¿Qué dirá el pueblo ofendido?

PEDRO. Sentirá que no hayáis sido
el pontífice romano. *(Con brío.)*
¿Aun con mi pueblo te escudas,
conspirador de traílla?
¡Nunca el pueblo de Castilla
podrá defender a un Judas!

Yo publicaré el motivo
en que mi justicia fundo,
y pese a Roma y al mundo,
mañana te entierro vivo.
Llevadle.
(Ana se arrodilla ante la alcoba y luego sale con Juan, el Arcediano y la gente de Justicia. Entretanto, Don Pedro dice al Alcalde:)
Vos, aguardad.

ALC. ¿Qué me ordena Vuestra Alteza?

PEDRO. Si estáis bien con la cabeza
el oficio abandonad.

ALC. (¡Jesús!) Renuncio, señor.

PEDRO. Bien; tu necedad te ampara;
desde hoy te quito la vara
y te nombro enterrador.
(El Rey quita al Alcalde su vara, éste se va con los demás. Mientras dura el aparte de ambos, las demás figuras esperan a que Ana concluya su oración, convenientemente colocados, y todos se van cuando el Alcalde sale al foro, mientras dice Don Pedro los cuatro versos siguientes, con la vara en la mano.)
Pase a juez el caballero
y diga la Historia fiel
si fuí Don Pedro el Cruel
o Don Pedro el Justiciero.

TELÓN LENTO

FIN DEL DRAMA

3 0112 117487469

PRECIO: 1,50 PESETAS